

4-28
1

Divagaciones vacacionales.

("La Nación, Buenos Aires (R. A.), 25 julio 1914).

DIVAGACIONES VACACIONALES

(Para LA NACION)

SALAMANCA, julio de 1914.

¡Vacaciones al fin! Tres meses por delante para melodizar y armonizar el ánimo apacientándolo en verdura de los campos, en luz libre que baja sobre los montes desde un sol desnudo. ¡A correr por campos, riberas, montes, valles y villorrios! ¡A buscar reposo y frescura en la música de la tierra!

He dicho música, y he querido decir paisaje. Os lo debo confesar; la naturaleza, la educación o lo que sea me negó la fuente de consuelo y de belleza que dicen es la música. Carezco del sentido musical y hasta he blasfemado—y en verso, para mayor agravante,—de la música. Y por eso busco el ritmo libertador en el paisaje y en la poesía.

Me aguardan también unos libros de poesía, que leeré al pie de alguna encina o de algún negrillo, o tendido en la cresta de alguna cumbre.

Aquí está la antología de poetas catalanes contemporáneos que ha compuesto Alejandro Plana, y de que os hablaré.

Me gusta leer versos en lengua que sin ser aquella en que pienso y siento, en que me gozo y sufro, se le parezca. Me da sensaciones de lo que mi lengua puede haber sido. Y es como mirar el resplandor de la belleza de la mujer amada en los rostros de sus hermanas. Las palabras más triviales pierden su trivialidad con el ligero cambio que sufren en lengua hermana, y hasta con un leve desquice de pronunciación. Y luego, a las veces, el encanto de entender a medias, de suplir el sentido. Y es que oímos la palabra libre de la tiranía de la costumbre.

Aquí está «El pasajero», esta colección de ritmos tan nuevos de J. Moreno Villa. Me habla de cosas que conozco; me trae recuerdos de lo que estoy viendo en esta ciudad de Salamanca y... ¿sabéis de nada que restaure más el alma que recordarla aquello mismo que está mirando? Me habla de la abadía de Santo Domingo de Silos en tierras del Cid, cerca de por donde corre niño el Duero, de esa abadía en la que se sosegó mi espíritu durante ocho días dulces, cristalinos y mansos de la última semana santa. Recuerdos del abad, del inolvidable D. Guepiar; recuerdos del claustro secular. Y del Escorial... y de Toledo... Tengo que beber estos cantos de «El Peregrino» de Moreno Villa, sorbo a sorbo, y en el campo, por lecho la tierra y por dosel el cielo.

Y todo buscando libertad. Libertad... libertad... y ¿qué es esto de libertad? Los futuristas,—gente aménisima y de lo más divertido que conozco,—han inventado eso de palabras

O.C. tomo X



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



en libertad. Pero no quedan libres. Porque si se las libera del concepto se las esclaviza al sonido, acaso al ritmo. Es buscar lo inefable. Y ni la pintura puede pintar las tinieblas, ni la música expresar el silencio. Y sin embargo...

«¡Soñar sin pensar! ¡soñar sin pensar!», me decía una vez un amigo, y le contesté: «¡Imposible! ¡pensarás tu sueño!» Y, sin embargo, me explicaba su anhelo.

Después de unos meses de tarea académica, de haber estado enseñando cosas concretas, normales, canónicas, técnicas, siento uno el ansia de perderse en las nubes del pensamiento puro, si es que tal pensamiento existe. Y de alimentar el odio inextinguible en mí a esa feroz ramplonería del pensamiento que se tiene por positivo y se dice tal.

A medida que voy haciéndome viejo, que se me va solemnizando el espíritu al acercarse al ocaso, voy cobrando más rencor al informacionis^o, a esa horrida ocupación de acumular conocimientos que llaman útiles o eruditos a todo eso que se derrama en manuales de bibliotecas populares, a todo, en fin, lo que cuaja en derredor de ese abominable conglomerado de variedades que suelen llamar sociología.

Un amigo mío, genialísimo, que para ganarse el pan, estaba traduciendo una obra de Westermarck sobre el matrimonio primitivo, me decía: «¡Estoy harto!, que si los algonquinos se casan de esta manera y los chipenais de la otra... Antes llenaban los libros de palabras; ahora los llenan de esto que dicen son hechos y no son sino relatos de hechos... lo que no veo son ideas.» Mi amigo quería decir sentimientos.

Y me acuerdo cuando yo, también como ganapán, traduje un cierto li-

bro: cuyo título me callo, de un cierto autor alemán, de quien no quiero acordarme, sobre nuestra literatura castellana antigua. Jamás he recorrido un desierto semejante. Era peor que un páramo, porque era un espesísimo breñal de paja seca. Mejor ¡pedruscos! O cuando traduje «La beneficencia», de Spencer. ¡Qué selva de solemnes vulgaridades solemnizadas! ¡Qué difusión de superficialidad!

Y a propósito de Spencer y previendo que haya entre mis lectores de por allá quienes se escandalicen de ese mi juicio, quiero transcribir aquí una nota que aparece al pie de la pág. 581 de la obra de James Bryce—el tan conocido autor de las otras dos, sobre el Santo Romano Imperio y la República Americana,—acerca de Sud América («South America. Observations and impressions»). Y es que dice Bryce, hablando de los sudamericanos: «Su interés en la ciencia se limita casi por entero a sus aplicaciones y su héroe es el gran inventor. La ciencia y la instrucción proseguidas, por sí mismas, no han logrado todavía el lugar que deben tener. Aquellos en quienes apunta algún gusto por la especulación filosófica o el pensamiento abstracto de cualquier clase, rara vez se





dedican a paciente investigación.

"Son muy fáciles de ser cazados por frases y fórmulas, acaso de poco sentido, que parecen facilitarnos el conocimiento y la verdad". Y al pie de esto añade en nota: "He oído que los libros más populares entre los pocos que se asoman a asuntos abstractos son los de Mr. Herbert Spencer, cuya influencia fué siempre mayor en la Europa del sur y en Rusia que en Inglaterra o en los Estados Unidos. A esos pocos se les resiste creer que en su propio país no se le reputa como un gran filósofo". Y poco incomodado que se puso un cierto... llamémosle intelectual enamorado de la sociología porque le dije eso mismo sobre el poco aprecio que en la patria de Spencer hacían de este ingeniero desocupado y metido a filosofar (iii???) como ha dicho Papini.

En ciertos períodos de la formación de un pueblo me explico que haya quienes busquen en la poesía la liberación de la prosa de los negocios y de la ingeniería y la economía; pero la filosofía, la verdadera filosofía, la pura especulación, la serena y desprejuiciada contemplación de nuestro destino, esto está todavía más alto que la poesía misma, es una poesía más alta. Y más honda. Si me anuncian que por esas tierras en que aun quedan quienes rinden culto a Comte ha surgido un gran poeta, un verdadero gran poeta, no un orador en verso, aun llegaré a creerlo, mas si me dijeren que es un gran metafísico... entonces no creo que lo creeré.

¿Y qué falta nos hace un gran metafísico? me preguntará algún lector. Y yo le diré que la falta o la sobra que haga en un país algo no puede saberse hasta que haya pasado, y que si a fines de este siglo XX aparece ahí el gran metafísico es muy fácil que los sudamericanos de fines del siglo XXI digan: «si lo hubiésemos tenido un siglo antes»...

En las cartas que de por ahí recibo entre las nobles, ingenuas, bien intencionadas, expresando anhelos de mayor profundidad de vida espiritual —y estas cartas son las más— suelo recibir algunas que exhalan el ramplonismo vaho de la progresería materialista. Su estilo suele ser acre. No raras veces su autor se muestra irritado y me insulta. Lo que me divierte no poco.

Casi nunca entienden a derecho lo que escribo. Y creo adivinar a su margen, como invisible membrete, una estrella de cinco puntas o alguna escuadra y compás y signos cabalísticos, parecidos a aquellos con que de niños nos entreteníamos en la escuela.

Pero todo, al fin y al cabo, contribuye a amenizar la vida del que, como yo, no creo que ella, en sí, llene su propio objeto, y ahora que han venido vacaciones podré a mis anchas, en medio del campo, sonreirme de la tontería humana, que es infinita. Y contemplar este gran poema del gran Poeta. ¡Poeta, sí! Dios es un gran poeta, un creador. Y acaso la lógica del universo no es sino estética. Un





gran poeta, un gran pintor, un gran escultor, un gran músico si quería pero nada de arquitecto ¡no! Nada de eso de gran Arquitecto del Universo, porque huele a mecánica racional y a estereotomía y a hidráulica y a ingeniería.

Y ahora a correr por las estrofas del Gran Poeta y por los campos de la historia, a ver en viejos villorrios cosas, de esas cuya vejez es su mayor novedad. ¿O es que creéis que si hoy apareciese por ahí un megaterio vivo o un enorme saurio alado paleontológico cruzase los aires en majestuoso vuelo, no habrían de atraer más concurso de gentes a verlos que una carrera de automóviles o de aeroplanos?

A los viejos rincones, a escudriñar la historia, la cultura, a ver y oír a lo que ha vivido y ha sufrido. A sentir una vez más cómo la cultura no es precisamente lo mismo que la civilización. Lejos de todas estas facticias y ficticias comodidades y de todos estos llamados adelantos. ¡Lo que se sonreiría un contertullo de Platón en los jardines de Academo si, resucitándole, se le trajese a una de nuestras ciudades y se le mostrasen nuestros adelantos!

Lo más puro, lo más exquisito, lo más duradero que se produce en esos grandes alambiques de civilización que son las grandes ciudades, la flor y crema y nata del ingenio humano, en ninguna parte se goza mejor de ello que en el campo, fuera de las ciudades donde fué producido. No es pisando el duro y estéril suelo de los pavimentos urbanos—¡horrído macadam!—sino el blando y florido césped de la tierra fecunda como me gusta, más que meditar, fantasear sobre las revoluciones ciudadanas. Es la falta de imaginación lo que lleva a tantos a entorpecerse en las grandes ciudades y a arrastrar allí una vida miserable. El que se aburre en el campo es que tiene la mente chica y despoblada.

Me suele dar mucho que pensar esta terrible enfermedad de la «urbanitis», esta congestión de las urbes y ese éxodo de las gentes del campo. Las causas son principalmente de orden económico, pero influye mucho el orden cultural. No se educa a las gentes a gustar de los placeres sencillos y puros que cabe satisfacer en los más pequeños poblados; no se difunde la verdadera cultura.

Por lo que a mí hace, huyo en cuanto puedo a la aldea y la campiña, aunque sólo sea por quitarme de la visión del señorito, del aborrecible señorito urbano, de ese ente ridículo que va a tomar el ajeno a una cervecería de hulevar y lleva los pantalones planchados y con su raya y sin las rodilleras que tanto le encocoran; ese mozo lindo, que es el extracto de la vaciedad humana. Y si es así el señorito, ¿qué diremos de la señorita? Esas desgraciadas que toleran que su retrato aparezca en las revistas de salones y de alta sociedad.



¡Oh, y el verse libre de lo que alguien llamó las molestias del trato humano! ¿Misantropía? No, nunca; Dios me libre de ella! No soy misántropo, pero quiero más a los hombres, a mis prójimos, cuando les tengo lejos. Cuando miraba esta ciudad desde la cumbre de la Peña de Francia, y la veía en las nebulosidades de la lontananza, medio confusa con los accidentes del terreno, todos sus habitantes me parecían ángeles. Al campo, pues.

No me explico a esas gentes que van de vacaciones a grandes ciudades y paran en esos grandes hoteles donde la mayor incomodidad, que es la de la etiqueta, tiene su asiento. ¿Hay nada más horrendo que un comedor de hotel de primera? Es mejor comer pan moreno junto a una fuente cantora, al pie de una encina. Un vaho de necesidad satisfecha flota sobre los grandes comedores de los grandes hoteles. Y a lo peor se oye uno de los ruidos más antipáticos, cual es el de una botella de champafia al descorcharse. Y es porque le recuerda a uno la hora de las estupideces, quiero decir, de los brindis en un banquete. Yo, cuando oigo el estampido de un tapón de botella de champafia al dispararse, me llevo instintivamente las manos a los oídos, mientras me digo: ¡Dios mío! ¿qué avenida de sandeces nos aguarda?

Es una pena que los hombres huyan de la santa soledad del campo. Y huyen de ella porque eso que se llama buena educación es educación pésima. A lo que no se os educa es a gozar de los tesoros de nuestra vida interior, a comulgar con los grandes espíritus, a **recrearnos en las grandes obras.**

Iré al campo en cuanto pueda. Aquí, en la ciudad—y aun siendo ésta una ciudad modesta y sencilla y un tanto campesina—apenas me hablan, en una u otra forma y aun sin saber bien de qué, más que de sociología; en el campo oíré a los grandes que fueron a hablarme de... ontología! Quiero dejar el periódico que me habla de la última sesión de cortes o de la próxima inminente crisis ministerial y oír al austero Spinoza que desde el otro mundo me habla de lo eterno.

Basta ya. El escribir estas líneas ha sido un acto más de esta servidumbre a que la vida social nos somete. Y es después de todo el único consuelo que nos queda: dar coces contra el aguijón.

Celebraría mucho que a mis lectores... spencerianos les resultara este escrito poco explícito, poco lógico, poco práctico, poco coherente y poco inteligible. Querría decir que ha acertado en él.

MIGUEL DE UNAMUNO.

